

aventuras *The land of the golden scarabs* (que en la edición castellana ha pasado a llamarse *El valle del Sol*).

Para concluir, si me pidieran una lista de los novelistas y cuentistas bolivianos que yo recomendaría más, haría la lista siguiente: muertos: Nataniel Aguirre, Tomás O'Connor d'Arlach, Jaime Mendoza, Alcides Arguedas, Armando Chirveches, Luis Toro Ramallo; vivos... por favor, permítanme decirlo al oído de cada lector, y en voz bajita.



«GRAN SEÑOR Y RAJADIABLOS», por *Eduardo Barrios*

No hemos encontrado, en los últimos años, una novela chilena de esas que se terminan de atropellada. El leer puramente crítico, explorativo, se repite cada vez, con muy raras excepciones, en las que tampoco, por lo demás hemos podido leer entregados íntegramente. El hondo trazo de la novela criollista abierto con aire conquistador por «Zurzulita», continuado con donaire y desenvoltura por «Mercedes Urizar», se ha ido cubriendo con las creaciones complementarias y adjetivas de continuadores y secuaces. La novela social daba, algunas veces, la emoción del acierto estupendo con Manuel Rojas, Eugenio González, Reinaldo Lomboy y Nicomedes Guzmán. Entreverada con estas producciones, solitaria y excelente, aunque de mala prensa, «Gente en la Isla» de Rubén Azócar.

Nuestros novelistas ¿No tenían presente? Joaquín Edwards Bello reedita y anuncia, Latorre y Durand se demoran en producciones que nos parecen menores en el conjunto de su obra. Santiván no escribe, casi. Eduardo Barrios a pesar de «Tamarugal», silencioso... pero sospechoso.

Y ahora, de improviso, esta sospecha se manifiesta acertada y feliz, pues Eduardo Barrios trae colgada de su chaqueta de huaso una fina y emocionante moneda de oro.

Es «Gran Señor y rajadiablos» la expresión más completa de lo que puede este escritor excepcional. La novela de Barrios se paladea de la primera a la última página y no deja pensar en ella, en su forma y motivación, en el gran recurso histórico-evocativo que la dirige, hasta que hemos dado fin a la intensa lectura.

Dice un pensador contemporáneo que nuestro conocimiento del pasado histórico es acertado cuando logramos abstraer del conjunto de sucesos y fenómenos que lo componen, la creencia fundamental del hombre de ese tiempo, cual era su recóndito asidero irracional, su fe; «Las ideas se tienen, en las creencias se está» ha dicho Ortega y Gasset.

Este don José Pedro Valverde, hombre característico del gran Chile del siglo XIX, de que tanto se habla en estos días, expresa en su enérgica acción, individual y solitaria, tan llena de servicio y deberes, la más pura síntesis del dinamismo de una creencia. Creencia compuesta de valores que han ido desacreditando tanto sucesor fanfarrón y acomodado: Raza, estirpe, religión, energía y vitalidad constructora del señorío. Una España decorosa y fuerte, resucitada en los valles chilenos e imponiéndose una vez más la audacia de una creación original. Con el triunfo de tan proteicos valores alzó Chile su voz más significativa y se fundó una patria de dos polos nada más: pueblo, inquilinaje amorfo de una parte y Señor por voluntad propia y gracia de Dios de otra. El rey también estaba: Un gobierno impersonal.

Y venimos a caer en que el personaje de Barrios es el Hombre portaliano. Chile se debió llenar de innumerables Portales dispersos, silenciosos y tercos, como el ministro, poco cerebrales, poseídos de carácter y raza. La creación histórica de Francisco Antonio Encina y la literaria de Eduardo Barrios se unen con esa solidaridad profunda de las grandes creaciones de nuestro tiempo. Ambos, por lo demás, nos parecen igualmente partidarios.

En plena madurez, pues, y con todos sus recursos a punto, ha ido Eduardo Barrios al siglo XIX a buscar su cuantiosa creación.

No debe ser materia de este artículo destacar la fina artesanía del escritor, esa prosa fluvial y sabia en trance de evocación. La poesía desdibuja el duro realismo de la vida ascendente y va moviendo con brisa suave los objetos del paisaje. Y luego, ese algo tan difícil de realizar: el largo vivir de sus personajes. La vida mínima, incógnita, el suceder de cada día, complejo y vario, toda esa pulpa sabrosa que sólo las grandes novelas ofrecen a los disciplinados investigadores.

En esfuerzo menguado ya habló un crítico muy leído y conocido, de este estilo. ¿Estará esa buena pluma perdiendo todo su olfato?

En novela de corte histórico donde el escritor pretende nada menos que la vertebración de un tipo de hombre de rango nacional es lo más difícil encontrar el acento psicológico esencial. Los datos, la información, el ambiente y las costumbres sirven para construir; hace falta el toque profundo, anímico, la primera impresión de entusiasmo y asombro ante el mundo. «¡Caballo Pájaro!» exclama, en su más lejana infancia, ante un pegaso en la portada de un libro clásico. El contenido emocional de esta expresión se repite a lo largo de su azarosa existencia: Un buen laceo, una mujer interesante, un gesto varonil de su hijo, un triunfo rural: ¡Caballo Pájaro! Al cerrar la novela se nos escapa a nosotros la exclamación anímica, asombrados y sorprendidos ¡Caballo Pájaro!

Barrios ha oteado el pasado reclamando un tipo representativo y ejemplar. Quien dió a la juventud chilena en «Un perdido» su más clara cifra de descenso vital y desesperanza, entrega hoy con este gran señor, un conjunto de posibilidades ascendentes que pueden renacer en este tiempo, con otros contenidos y relaciones, más justas, pero de igual fuerza.

Se nos ocurre que Eça de Queiroz planeó su novela «La Ilustre casa de Ramírez» con igual espíritu e intención.

FERNANDO URIARTE.



«HUAIRAPAMUSHCAS», novela de Jorge Icaza. 1948

En una pulcra y depurada edición de La Casa de la Cultura Ecuatoriana ha llegado a nuestras manos la última novela de Jorge Icaza: «Huairapamushcas» («hijos del viento» en quichua, antiguo, lo que podría asimilarse, tal vez, a la despectiva expresión de «espareció» de nuestros campesinos del sur).

Excluyendo la copiosa obra teatral de Icaza, toda su valiosa producción novelesca («Barro de la Sierra», 1933; «Huasipungo», 1934; «En las calles», 1935; «Cholos», 1937; «Media vida deslumbrados», 1942, y «Huairapamushcas», 1948) se orienta en el sentido de una recia y potente defensa de los estratos sociales inferiores de su nacionalidad. De este modo incide en el caudal de las últimas generaciones de artistas y escritores hispanoamericanos que, preocupados por los conflictos sociales de los grupos autóctonos, denuncian sin concesiones el clima de injusticia, degradación, y desigualdad, denominador común de las razas vernáculas del Continente del «tercer día de la creación». Estos escritores, según el decir de nuestro malogrado Domingo Melfi, «luchan denodadamente por elevar los dones inmarcesibles de la cultura, y hacer así de la obra literaria, no una empresa exclusivamente estética sino una empresa al servicio de las grandes angustias humanas de estos países», y cuya acción literaria que «Europa desconoce, que Europa acaso ignora en absoluto, entraña los comienzos de una revolución espiritual. Es decir, son los primeros síntomas de una nueva epopeya emancipadora en el arte, puesto que levantan del dolor y de la ciénaga del abandono a los héroes humildes, a los olvidados y postergados, para colocarlos en la atmósfera de la justicia».